EL SANTANDER DE MIGUEL ARTIGAS

Corría 1915, año que a muchos pareció de desgracia, por ser el segundo de la guerra Europea, pero que los que vinieron después hicieron bueno; corría 1915 y más que correr puede decirse que volaba, dada la marcha de los acontecimientos. Los *más ancianos de la localidad*, que no habían visto nada semejante, no sabían más que decir:

—¡Señor, qué tiempos éstos!

Lo cierto es que la pequeña ciudad que era el Santander de principios del siglo, la capital de provincia de tercer orden, donde todos nos conocíamos y éramos más o menos parientes; la población de ritmo lento y paso cansino, caricaturizada por Pereda en *Nubes de Estío*, habíase convertido, por arte de birlibirloque, en uno de los nervios del mundo.

Porque aquí teníamos durante el verano a los reyes, con todo lo que su presencia suponía, y en torno de la Magdalena y del Sardinero, y también de los maizales de Solórzano, donde veraneaba don Antonio Maura, movíase un enjambre exótico de príncipes, diplomáticos, periodistas internacionales y espías y agentes de todos los servicios secretos.

Santander, amurallada por sus montañas, en las que hacía centinela la guardia tradicionalista de Pereda, convertida en *Orden de caballería del Santo Sepulcro* después de la muerte del Maestro, había vivido hasta muy poco

antes en un estado de inocencia paradisíaca, inmune al contagio, de lo que unos llamaban con énfasis y con mayúscula, el *Progreso*, y otros, *El espíritu del siglo*. Ni el zarpullido de la generación del 98, que hizo rascarse a tanta gente, tuvo para nosotros consecuencias mayores, pues los poetas de aquel tiempo, Luis Barreda, Enrique Menéndez, Antonio García de Quevedo, Ramón Solano, José María Aguirre y Escalante, Alejandro Nieto, Alberto López Argüello, Ignacio Zaldívar, José Montero y Gabino Gutiérrez, eran, todos o casi todos, epigonos de don Amós, y no se permitían otras licencias que las que hubiese aceptado, de haber vivido, el autor de *Costas y Montañas*.

Si por excepción alguno pretendía romper moldes, como el pintoresco Jesús Amber, creábase tal vacío en torno suyo, que tenía que tomar el tren y refugiarse en la bohemia madrileña, prefiriendo sus hambres e intemperies, que novelaría Emilio Carrère en su *Amber el Luchador*, al cocido pobre, pero seguro de la casa paterna, que se le antojaba insoportable, por la incomprensión de sus paisanos y la rutina de *la ciudad levítica*, como designaba al terruño nativo.

Lo de *ciudad levítica* no pasaba de ser un tópico muy desgastado por el uso que de él habían hecho todos los *rompedores de moldes*. Pero, en cambio, era una verdad como un templo, que Santander podía competir en tradicionalismo con cualquiera de los pueblos del mundo. Entendámonos: tradicionalismo de gustos y costumbres, no de regímenes políticos.

Porque en punto a ésto, Santander tenía una historia liberal, que en el siglo XIX se tradujo en la fabulosa batalla de Vargas, y en su conmemoración anual con morriones de milicianos y gigantillas, y en las barricadas del 24 de septiembre de 1868 contra Calonge.

Pero eso era lo externo, la etiqueta pegada en la tapa. Del contenido habría mucho que decir. En el fondo, cualquiera de los concejales republicanos de las mayorías, que de vez en cuando padecía el Ayuntamiento, se diferenciaba muy poco del cordonero o el confitero de la calle del Peso,

suscriptores de *El Correo Español* y *El Siglo Futuro* y terciarios de San Francisco. Unos y otros vivían como sus remotos abuelos, atenidos a las normas antiguas.

Eran personas de costumbres morigeradas, con la virtud burguesa del ahorro, y la ambición modesta de dejar a sus hijos *un buen pasar*. Como los santanderinos de hace mil años. Como los de siempre.

Podrían titularse creyentes en Pi y Margall o en Nocedal y decir que les entusiasmaban las hogueras de la *Commune* o de la Inquisición. Pero no había que hacerles mucho caso. El único fuego que de verdad les deleitaba era el del fogón de su cocina, en el que hervoteaba el sabroso puchero diario.

Bien echadas las cuentas, en el Santander de aquel tiempo no existía otro revolucionario que don Ángel Basave, el cual no era republicano, ni liberal siquiera, sino paradójicamente carlista. Vivía de acuerdo con sus ideas originales, que algunos consideraban estrafalarias. No se contradecían sus pensamientos y sus actos.

Siendo dueño de una fortuna, ganada en muchos años de comercio honrado, dormía en un camastro de penitente en la bohardilla de su propia casa, siendo más el dinero que empleaba en limosnas que el que le costaba la manutención de su cuerpo, apergaminado y flaco. No tenía otro compañero de habitación que *León*, un perro prohijado por él, como consta en la curiosa ficha, incluída en el padrón de vecindad. «Nombre: León. Apellido: Basave. Profesión: perro.»

El inconmensurable don Ángel no necesitaba cantar *La Marsellesa* ni dejar de ir a Misa—oía dos o tres a diario—para dar a entender que la organización social no era de su gusto y oponer a sus leyes y a las Ordenanzas municipales su concepto quijotesco de la justicia.

La vida moderna se había insinuado en Santander con los flamantes automóviles de don Alberto Corral, don Pedro Acha y don Luis López Dóriga, que si no los primeros que vimos, son, por lo menos, los primeros que recordamos. Y con la avioneta hazañosa de don Juan Pombo.

Pero todo eso no pasaba de ser un espectáculo, que si interesaba a los ojos no imprimía su sello en las almas. El cambio decisivo no empezó a operarse hasta la edificación del palacio de la Magdalena, verdadero punto de arranque del Santander moderno.

Tres años llevaba en este de 1915 sirviendo el palacio de corte veraniega, y en ese breve plazo habían sucedido tal cantidad de cosas, que estaba muy justificado el asombro de los vecinos más ancianos. Las luchas locales se hacían cada día más agrias y ásperas. A la convivencia de sabor patriarcal de las generaciones anteriores, había sucedido un estado de ánimo desagradable. Las familias se separaban en clases y bandos. Empezaba también el crepúsculo de las casas patricias, y la ascensión de los nuevos ricos, neologismo que nació entonces. La guerra, que sacudía al viejo mundo con el ímpetu de un terremoto, era causa de todo. Hoy nos parece natural, a fuerza de estarlo viendo un día y otro, que el carretero y el chatarrero o el pescador se hagan millonarios en unos pocos años y se paseen en automóviles lujosos por los mismos lugares que vieron sus alpargatas proletarias. Pero en 1915, estas cosas, por ser nuevas y raras, causaban sensación. Y así se hablaba como de algo que rebajaba toda medida, del caso de un empleadillo que *se estaba hinchando* con los carbones, o de un inspector del timbre que había redondeado su primer milloncejo.

Santander vivía con la alta fiebre producida por los injertos de piel y las transfusiones de sangre que se operaban en su organismo. Y esta calentura señalábala el termómetro clínico de la prensa local en el tono de sus artículos, gacetillas y hasta de las secciones por su naturaleza más inocuas. ¡Qué despiste el de aquellos folicularios, entre los cuales nos contábamos! El mundo, en trance de alumbrar monstruos, se debatía con los dolores del parto gigantesco. Batallábase en todos los ámbitos de Europa, en Asia, en África y en Oceanía. En la superficie del mar y bajo ella; en el aire. Empleábanse medios destructores que parecían apocalípticos: los submarinos, los gases asfixiantes, los zepelines, los aeroplanos, los cañones del 75 y La *Gran Berta*.

Y mientras pasaba todo eso, los periodistas de Santander sólo teníamos ojos y oídos para las elecciones de Valderredible, como si la suerte del mundo cristiano se decidiese en ese rincón rústico de la Montaña.

No éramos sólo los periodistas. Para cantar las luchas valderredibleñas, donde a cada elección chocaban con estrépito de pucheros rotos ruanistas y mauristas, que eran los giles y negretes de la Edad Media redivivos, escribió el ingenioso y ocurrente Ramón Solano, un *romance de moros y cristianos*, que, a pesar de su tono jocoso, recordaba por su sabor a los romances fronterizos. De esta poesía se habló por entonces más que de la batalla del Marne, e imprimiósela en pergamino, con caracteres y adornos arcaicos.

La lucha de ruanistas y mauristas se libró durante muchos años en todos los palenques. En los periódicos, con una violencia desaforada; por medio de banquetes y actos públicos, que se sucedían con cualquier pretexto; en los organismos y Corporaciones, cuya dirección pasaba de unas manos a otras, al compás de las crisis ministeriales, y en el seno de las familias, divididas y con sus miembros combatiéndose. Podría apostillar ésto que digo con nombres propios. Pero no es necesario. Lo saben bien los santanderinos supervivientes de aquella época, en la que no hubo apenas uno que no participase en la refriega.

Para que las cosas se complicasen más, las discordias se enredaban como las cerezas. A la lucha de tipo regional vino a sumarse, como en el resto de España, la de los germanófilos y francófilos. Dábase la circunstancia curiosa de que quienes coincidían en la apreciación de la política montañesa, discrepasen cuando se ponía sobre el tapete el bombardeo de la Catedral de Reims o el torpedeamiento, sin aviso, de los barcos mercantes. Había ruanistas germanófilos y ruanistas francófilos, y lo mismo sucedía en el bando contrario. Con lo cual las polémicas eran incesantes y la crónica de aquellos días registra el planteamiento de algunos duelos, que no pasaron, por fortuna, de un alarde de sables y pistolas, sin más sangre que las dos o tres gotas que en algún caso se escaparon de una minúscula rozadura.

Todo lugar de reunión de la ciudad era un grito polémico, con la única excepción de la tienda de óptica de Roberto Basáñez, en la inolvidable calle de la Blanca. Allí, ni se reñía ni se gritaba, y eso que fatalmente encontrábanse en su recinto los más árdidos y vocingleros de los dos bandos. Incluso los jefes de éstos, don Juan José Ruano y don Eduardo Pérez del Molino, coincidían a veces en la tienda, olvidándose por unos minutos de los papeles que representaban.

Porque allí sólo se hablaba de temas que no pudiesen enconar las pasiones. Don Pedro Escalante, el venerable mayorazgo de la familia hidalga de la Acera del Correo, hermano de don Amós, el poeta, ya muerto, refería episodios de su lejana vida diplomática, cuando estuvo agregado a la Embajada de Turín, en los días del Reino del Piamonte y de la batalla de Solferino.

Se hablaba mucho, también, de arqueología e historia montañesa. La tienda de Basáñez, en aquel Santander turbulento, era una pequeña y pacífica Suiza incrustada en la Europa beligerante. Ruanistas y mauristas, francófilos y germanófilos, clericales y anticlericales, acudían a aquel terreno neutral en busca de unos minutos de sosiego cuando la discusión del café dejábales afónicos y exhaustos. En aquella tertulia conversaban amistosamente los canónigos don Pedro Santiago Camporredondo y don Alejandro Gil de Reboleño con los republicanos don Heraclio Carús y don José Fernández Orbeta, y don Luis Bustamante, el hidalgo de las almadreñas, que representaba el más puro señorío aldeano; con don Julián Fresnedo, educado en Inglaterra, y de atuendo y de ideas británicas. En suma, lo que, según el manoseado cliché, se entiende por *tirios y troyanos*, aunque nunca pudiera decirse *que allí fué Troya*, porque, al entrar, dejaba cada uno sus armas en la puerta.

Lo curioso es que Basáñez, por cuyo benéfico influjo habíase logrado aquel milagro, no era neutral, ni mucho menos. Partidario de Ruano, defendía la política de éste en el Ayuntamiento, al que pertenecía como concejal. Pero eran tales su bondad, su simpatía y su inteligencia, que en

todas partes tenía amigos. Como ejemplar humano, era único, y su mérito tal, que en aquel Santander de las mordaces burlas y de los motes *que quedaban*, no se le puso ninguno a cuenta de su cojera, demasiado notoria para pasar inadvertida.

Sólo se veía en él al varón generoso y completo, pese a su falla física, y al más caracterizado de los componentes de aquella cofradía de los *hijos de Santander*, que defendió donosamente Enrique Menéndez en sus *Memorias de uno a quien no sucedió nada*. La tienda, separada por un sólo portal de la famosa *Guantería*, hacía pensar, por su disposición y aspecto, en la camareta de un barco mercante. De los mamparos de tabla barnizada pendían mapamundis, barómetros, termómetros y largos catalejos marinos. A veces, sobre la mesa del mostrador, descansaba un cronómetro de barco o un sextante. Aunque no se tenían vistas al mar, soplaba allí el viento henchido de aventuras y de salitre del Océano.

El marchamo intelectual obtúvole la tertulia por un acto que, metafóricamente, tiene también sabor marino: el salvamento de los náufragos de la *Guantería* inmediata. Fué cuando, muerto el patrón literario, que era Pereda, y su armador o dueño, don Juan Alonso, el célebre comercio de guantes se iba al garete como una nave desarbolada. Entonces Basáñez, su vecino más próximo, echó al agua su esquife y recogió a los pasajeros y tripulantes. Así empezaron a ser sus contertulios José María Quintanilla, más conocido por su seudónimo de *Pedro Sánchez;* don Federico Vial, don Alberto Gutiérrez Vélez, don Eduardo de la Pedraja, don Javier y don Luis de la Revilla, don Antonio Mazarrasa, el Marqués de Villatorre, don Eduardo Huidobro, y los poetas Luis Barreda, Enrique Menéndez y Ramón Solano. Y también Ricardo León, empleado en la sucursal del Banco de España, que no había escrito todavía *Casta de Hidalgos*.

Años después, cuando ya era novelista famoso, complacíase don Ricardo en evocar estas horas lejanas de su vida santanderina en el prólogo que escribió para *Valle del*

Norte, de Luis Barreda: «¿Cómo no recordar—dice—las charlas en el rincón hospitalario de Roberto Basáñez, en aquel mentidero y parnasillo de la calle de la Blanca, que está pidiendo a voces salir en una novela de Enrique Menéndez? ¡Oh noble tierra de amigos: no acierto a nombrarte sin que me salga al paso, como una hermana, la Musa de las íntimas memorias!»

¡Memorable tienda de Basáñez! De no haber sido destruída como la casa que la aposentaba y toda la entrañable calle de la Blanca, por *el gran incendio*, hubiéramos tenido que declararla reliquia santa montañesa para que nadie la tocase. Porque en ella estaban las huellas de los últimos pasos del glorioso don Marcelino, por su ciudad amada.

Yo le vi allí muchas veces, y estuve a su lado, sin atreverme ni a moverme ni a respirar. Ya el hombre portentoso vivía sus horas finales. El pelo entrecano, la barba blanca, y el respirar penoso, denunciaban que sus achaques eran más que sus años. Sentado en una silla, en el centro de la tienda, escuchaba, en silencio, a sus fieles discípulos que le rodeaban. Allí estaban don Carmelo Echegaray, que hablaba por los codos; don Gonzalo Cedrún, al que le costaba arrancar y hasta tartamudeaba antes de soltar el chorro de su elocuencia fulgurante; don Víctor Fernández Llera, ático y malhumorado; don José Ramón Lomba, barroco y conceptuoso, y don Alfonso Ortiz de la Torre, el más mundano y el más dentro de la realidad.

Era un espectáculo impresionante el de don Marcelino con sus discípulos, sentados como en un bosque de laureles griegos, en aquella tienda de la calle de la Blanca, al borde del paseo de las modistillas, siempre rumoroso, siempre animado. Yo lo vi, y me parece que por eso sólo, mi vida no está malograda.

¡Memorable tienda de Basáñez! En ella se fraguó la vida montañesa de principios del siglo. De allí salieron dos jóvenes arquitectos novicios: don Gonzalo Bringas y don Javier Riancho, para ponerse a trabajar en el proyecto del Palacio

de la Magdalena, concebido en la misma tienda, entre don Luis Martínez y Basáñez.

Todas las clases sociales llegaron a estar representadas en la permanente asamblea de la tertulia. Viejos y jóvenes, clérigos y seglares, militares y paisanos, próceres y mesócratas: los Condes de Basoco y Mansilla y los Marqueses de Robrero, Villatorre y Hazas, se codeaban con Andrés Mezo, Víctor Poyo y Pepe Regatillo, y los senadores don Ramiro Pérez Eizaguirre y don Gregorio Mazarrasa, con empleados de oficina y aprendices de literatos. Lo incomprensible es que cupiesen todos. Bien es verdad que a veces la tertulia se derramaba en la calle como el agua que colma una vasija.

Hay que advertir también que la concurrencia se renovaba constantemente, cediéndose los puestos unos a otros, a medida que los rezagados llegaban. Sin embargo, había un grupo de contertulios permanentes, que resistían en la tienda casi toda la tarde. Solían ser, con algún otro que quizá se escape a mi memoria, el tío de Roberto, don Pedro Arce, corredor de comercio retirado, y persona por todos conceptos respetable; el director de *La Atalaya*, don Eusebio Sierra; don Luis Martínez, exalcalde, a quien se debía el Palacio de la Magdalena; don Julián Fresnedo, don Gonzalo Alzola, don Jacinto Gutiérrez y don Antonio Fernández Baladrón. Ellos acompañaban constantemente a Roberto o a su hermana María, que le reemplazaba en el mostrador cuando él iba al Ayuntamiento o a cualquier otro lugar donde sus servicios se necesitaban.

Me parece recordar que eran esos señores, y yo con ellos, los que formábamos la tertulia una tarde del mes de mayo de 1915, en que se nos apareció el locuaz, sabio y bondadoso don Carmelo Echegaray, anunciándonos, con el chispear de sus ojillos a través del cristal de sus lentes, que tenía más cosas de qué hablar que de costumbre. Y para que se redoblase nuestro interés, llevaba consigo a un desconocido, cuya presencia nos intrigó bastante. No tenía este acompañante de don Carmelo ese aspecto *sui géneris* que ya entonces distinguía a los intelectuales. Nada

de gafas de concha ni empaque de catedrático. Por el contrario, la vestimenta y los modales eran de un hombre del estado llano. Chaparro, con una cabeza poderosa asentada en un ancho cuello, y brotes de pelo por todo su rostro, aquel hombre, que aparentaba de veinticinco a treinta años, daba la sensación de una fuerza de la naturaleza. Se adivinaba en él a un hijo del campo.

Don Carmelo le presentó, atropellándosele, como siempre, las palabras:

—El director de la Biblioteca... don Miguel Artigas. Llegó esta mañana para posesionarse de su cargo...

Todos fuimos estrechando la mano, que nos tendía el recién presentado, y alguno le registró con la mirada, como si quisiese descubrir el secreto que se ocultaba bajo su chaqueta. Y quizás no quedó muy satisfecho de este examen.

Porque aquel hombre iba a ser el primer director que tuviera la Biblioteca de Menéndez Pelayo; es decir, el sucesor directo del propio don Marcelino, al frente de aquel Centro, en el que convergían las miradas del mundo intelectual. Y como el pueblo soñaba para capitán de la magnífica nave, un hombre aureolado ya por la fama y consagrado por los años, a los contertulios de Basáñez parecíales poca cosa aquel casi muchacho, de aspecto sencillo, que contestaba a las preguntas en tono natural, con un marcado acento baturro y sin darse importancia. Probablemente — pensaban los más suspicaces — será uno de tantos funcionarios como manda Madrid, que llegan sin ilusión ninguna y sin otra finalidad que ir vegetando.

Pero esta creencia, si es que realmente existió, duró tan sólo la media hora que don Carmelo y el nuevo bibliotecario tardaron en retirarse. Porque así que volvieron las espaldas, Basáñez, que fué siempre el hombre mejor informado del pueblo, empezó a hacer el elogio del que acababan de presentarle. Se sabía su biografía desde que nació en Blesa, provincia de Teruel, en el año 1887. Sus estudios de filosofía y letras como becario en Salamanca. Su doctorado en 1910 y su marcha a Alemania, pensionado por el

Estado. Su residencia en Jena como alumno de las aulas de filólogos célebres.

Y, finalmente, su regreso a España en 1914, arrastrado por los torbellinos de la guerra.

Todo esto lo sabía Roberto Basáñez y exponíalo con el calor humano que en él encendían las causas nobles. A su juicio, aquel Miguel Artigas, desconocido en Santander, era el sucesor soñado por don Marcelino para el pastoreo de su inmenso rebaño bibliográfico.

—¡Y si no, al tiempo, que da la razón a los que de veras la tienen...!

Decíalo moviéndose de un lado a otro en aquel espacio reducido, dando la sensación de un león en la jaula. Y restregándose las manos, un gesto muy suyo, con el que subrayaba sus palabras.

Parecía animado de un soplo profético y los que le escuchábamos—don Pedro Arce, don Eusebio Sierra, don Gonzalo Alzola, don Julián Fresnedo, don Luis Martínez y el autor de este verídico relato—, quedamos convencidos por su elocuencia apasionada.

Lo que para Artigas supuso este arribo a Santander y el contacto con estos hombres (don Carmelo, Basáñez, etcétera), nos lo refiere él mismo en el discurso que en elogio de don Carmelo, muerto hacía poco, pronunció ante la Junta de Cultura Vasca el 29 de diciembre de 1928. Dijo con verbo emocionado:

«Conocí a don Carmelo en momentos de crisis espiritual, honda y decisiva. La resaca de la guerra Europea, después de varias peripecias que no son del caso, me arrojó a las playas santanderinas en la primavera de 1915. Para nosotros, para la generación que, atraída irresistiblemente por el prestigio de la cultura europea, se lanzaba a las cátedras de la docta Germania y de otras naciones, fué la gran guerra una sacudida terrible, que hizo volar de nuestras cabezas muchas ilusiones. El nimbo semidivino de la cultura de Europa comenzó a esfumarse; aquella diosa, a la que tan enardecidos sacrificábamos, tenía bajo sus espléndidas vestiduras el cuerpo de un dragón oriental y furioso,

ávido de sangre y de exterminio. Los que sepan de los desmayos, de la tristeza infinita del que pierde una fe, podrán darse cuenta del estado de ánimo de los que volvíamos con las alas quebradas.

»En las salas de la Biblioteca que aún guardaban el eco de la voz del Maestro, y junto a los volúmenes, orgullosos todavía del contacto de aquellas manos, en la paz silenciosa de tantas voces muertas, comenzó en mí una nueva vida, una nueva ilusión. Para fortuna mía, durante varios meses tuve a mi lado, entonces, a don Carmelo, que con sus palabras, con su ejemplo me ayudó a vencer la crisis y avivó la fe naciente de un nuevo ideal, conocer, difundir y continuar las enseñanzas de Menéndez Pelayo. Muchos, en la ciudad, le habían conocido y tratado; algunos eran sus amigos personales, y no pocos los inventores o los transmisores de esa sarta de anécdotas ridículas. Pero don Carmelo era el discípulo que le amaba y le comprendía y con él me era dado departir a mi sabor.

»Imaginad, por un momento, a los primeros convertidos al cristianismo que no conocieron a Cristo, cómo preguntarían a los Apóstoles sobre los hechos del Maestro, sobre sus enseñanzas; cómo anotarían y repetirían las palabras que no pudieron escuchar, y, si no os parece demasiado irreverente, comparar las cosas divinas con las humanas, podéis representaros así mis primeras conversaciones y coloquios con don Carmelo.

»No hubiera podido encontrar mejor intérprete ni más seguro guía. Pronto comprendí la grandeza y la inmensa bondad del corazón de mi nuevo amigo y su adhesión ferviente a don Marcelino.»

Así fué cómo el futuro director de la Biblioteca Nacional, el insuperable biógrafo de Góngora, el académico de la Española, puso su pie en el avispero, que era el Santander del año 1915. Un avispero en el que muy pocos entraban sin sentir en sus carnes el aguijón de las abejas y los zánganos.

Artigas evitó este peligro. Uno de los méritos de quien tuvo tantos es el haber sabido mantenerse al margen de las

luchas locales. Como es de suponer, no dejaron las brujas de *Macbeth* de tentarle, prometiéndole el oro y el moro si se incorporaba a una u otra de las banderías rivales. Pero él, risueño y serio al mismo tiempo, con un gesto entre bondadoso y socarrón que desarmaba, oía a todos y no se casaba con nadie. No había venido a Santander a participar de nuestras discordias, sino a poner a la disposición del mundo los tesoros de letra impresa y manuscrita acumulados por Menéndez y Pelayo.

Y a esa labor se consagró desde el mismo día de su llegada. Su cordialidad, su tono campechano tan distinto del pedantesco que otros usaban, le ganaron las simpatías de elementos jóvenes hasta entonces poco utilizados. Con éstos y algunas personas ya maduras, a las que rejuveneció su entusiasmo, acometió la investigación a fondo de la historia Cántabra.

Recordemos entre los nombres de estos auxiliares que él movilizó, al ilustre general don Fermín Sojo Lomba, a don Luis Escalante, a López Argüello, a José María Cossío, a don Marcial Solana, a José Fernández Regatillo, a Fernando Barreda, a Elías Ortiz de la Torre y a Francisco y Fernando González Camino.

Y hasta un hermano mío, Germán del Río, capitán de barco retirado y práctico del puerto, que no había escrito más que *Protestos de avería y arribada* y los *Acaecimientos* del diario de Navegación, sintió el influjo de aquella voluntad enérgica que llamaba a todos al trabajo, y empleó sus horas libres en revolver los papeles de la Biblioteca para extraer de ellos los materiales de una historia del tráfico de nuestra bahía que planeaba.

Frutos de este interés por el estudio que Artigas había suscitado, fueron las *Sociedad de amigos de Menéndez Pelayo* y su prestigioso *Boletín*, que, según la frase feliz de uno de los que ahora le gobiernan: «Es una mercancía española que sigue exportándose a todos los mercados.»

Miguel Artigas no era sólo el técnico formado en las Universidades alemanas, como nos había explicado Basáñez, sino, también, el hombre de buen sentido, que no daba

pasos en falso. Su consejo era siempre aceptado. A los pocos meses de estar en la ciudad, en vez de ser arrastrado por el torbellino de sus pasiones, era quien la orientaba, sin proponérselo. Establecía puntos de convivencia y empresas mutuas en que todos pudieran emplearse.

Contertulio de Basáñez desde su primer día santanderino, traspasó el espíritu de aquel parnasillo a este Ateneo, cuyas reuniones de la hora del café, presidió durante muchos años. Otros hablen de su gestión al frente de la sección de Literatura. Yo voy a hablar tan sólo, y ya para acabar, de la peña cafeteril que en la modesta instalación de la calle de Lepanto—tránsito entre dos edades ateneísticas—teníale a él de animador y presidente.

¡Asamblea inolvidable, que atronaba el vozarrón de don Jaime Espases, el canónigo de estatura, de grandeza y alma de niño!

¿Cuántos del grupo quedan ya? ¡Ay, al pasarles lista esta noche, me temo que sean mayoría los muertos! En el otro lado del misterio nos esperan: Miguel Artigas, Enrique Menéndez, Luis Barreda, Ramón Solano, Alberto López Argüello, don Pedro Santiago Camporredondo y su compañero de cabildo don Manuel López Arana, que murió de obispo de Ciudad Rodrigo; don Francisco Mirapeix, el ingeniero que hacía poesía con las turbinas, como un personaje galdosiano; José Fernández Regatillo, Pepe Ciria, que murió adolescente y al que, como a los Delfines de las monarquías, lloraron en versos antológicos los más altos poetas; Alberto Espinosa, Ramón Pérez Noriega, don Evaristo Rodríguez de Bedia, el decano y prudente Néstor de los periodistas montañeses; Ricardo Bernardo, fallecido en la expatriación; Manuel Obese, caído en Brunete; Antonio Lamadrid, Pancho Barreda, Paco Camino, Herminio Villegas y Arturo Casanueva, asesinados; Antonio Cabrero, hundido con el *Baleares:* Manuel Llano, Elías Ortiz de la Torre, don Francisco Burgués, Ángel Vidal, Policarpo Mingote, Fernández Llera, don Carmelo y Basáñez...

Todos, con unos pocos que quedamos vivos, formaron en las peñas de este Ateneo, continuadoras de la tertulia

de la calle de la Blanca. Artigas fué su constante animador desde 1915 a 1930, en que, marchando siempre tras las huellas de su Maestro, fué a ocupar el puesto que éste prestigiara en la dirección de la Biblioteca Nacional.

Hoy ya todo eso es ceniza y polvo de recuerdos, como la calle de la Blanca y todo el Santander del año 15, con el que Artigas se puso en contacto recién venido de Alemania...

JOSÉ DEL RÍO SAINZ.